

2006

Gabi Martínez, el último cronista de Marruecos del último milenio

Mohamed Abrighach

Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Université Ibn zohr, Agadir, Maroc,
m.abrighach@uiz.ac.ma

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.aaru.edu.jo/dirassat>



Part of the [Comparative Literature Commons](#)

Recommended Citation

Abrighach, Mohamed (2006) "Gabi Martínez, el último cronista de Marruecos del último milenio," *Dirassat*. Vol. 12 : No. 12 , Article 19.

Available at: <https://digitalcommons.aaru.edu.jo/dirassat/vol12/iss12/19>

This Article is brought to you for free and open access by Arab Journals Platform. It has been accepted for inclusion in *Dirassat* by an authorized editor. The journal is hosted on [Digital Commons](#), an Elsevier platform. For more information, please contact rakan@aarj.edu.jo, marah@aarj.edu.jo, u.murad@aarj.edu.jo.

Gabi Martínez, el último cronista de Marruecos del último milenio

*Abrighach Mohamed
Facultad de Letras y
Ciencias Humanas- Agadir*

Resumen

En este artículo intentamos analizar la representación que hace Gabi Martínez de Marruecos y de lo marroquí. Esta visión va a mitad de camino, entre un afán textualista buscador de historias por contar y un exotismo que exalta el colorismo dando importancia a todos los elementos que despiertan los sentidos y la sensualidad. En ambos casos, la indiferencia del autor hacia la cultura, la historia y la realidad del país parece muy acusada.

Abstract

In this article we attempt to analyse the representation by Gabi Martínez of Morocco and all that is Moroccan. His vision stands in midway between a thorough textual research of typical stories to tell an exotism which exalts the sensuality which the country evolves in people. In both cases, the indifference of the author towards the culture, the history and the reality of Morocco remains considerable.

En la actualidad, la narrativa de viajes goza admirablemente de los favores del público y está cosechando éxitos de alcances espectaculares nunca conseguidos con anterioridad en la historia de la literatura española. Esta realidad tiene su flagrante confirmación en la copiosísima lluvia de traducciones, reediciones y nuevos títulos que están acaparando, hoy por hoy, gran parte del espacio bibliográfico de las novedades literarias.

La revitalización de este género que, hace poco, tenía restringidos aficionados en España, ha corrido a cargo de una panoplia muy variada de cultivadores que tienen procedencias estéticas disímiles. Unos derivan del mundo de la literatura como es el caso, en primer lugar, de Julio

Llamazares⁽¹⁾, Raúl Guerra Garrido⁽²⁾, Carlos Barral⁽³⁾ que hacen crónicas literarias de su geografía natal, y en segundo lugar, de Felix de Azúa⁽⁴⁾ Rosa Regás⁽⁵⁾ y Rafael Schirbes⁽⁶⁾ que hacen crónicas urbanas de ciudades. Otros, que son los más numerosos, provienen del ámbito periodismo como es el caso de Manuel Leguineche⁽⁷⁾, Javier Reverte⁽⁸⁾, Jaxier Moret⁽⁹⁾, Alfonso Armada⁽¹⁰⁾, Rodríguez Montero⁽¹¹⁾ y un largo etcétera.

A este último grupo pertenece Gabi Martínez. Este Joven escritor barcelonés, que tiene muy asimilada su afición por los viajes como corrobora su firma de distintos viajes literarios por España en varias revistas y periódicos, se le ocurrió crear una minicolección de libros de viaje y encargó a varios escritores jóvenes de su generación hacer unas crónicas viajeras sobre algunos países europeos abarcables por la red ferroviaria⁽¹²⁾. Esta colección aparece bajo el eslogan de “vive la vía” y con una portada muy colorista en la que se estampa un sello que indica “diario de viaje”. Tal como nota con perspicacia Ana Rodríguez Fischer en su reseña del conjunto de la colección, los seis tomos que la configuran nada tienen en común y ni

(1) Julio Llamazares, *El río del olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1990; *Tras os - montes*, Barcelona, Alfaguara, 1998; *Cuadernos del duero*, León, Edilesa, 1999.

(2) Raúl Guerra Garrido, *Castilla en canal*, Barcelona, Muchnik, 1999.

(3) Carlos Barral, *Con el favor del viento. Cataluña desde el mar*, Barcelona, Anagrama, 1999

(4) Felix de Azúa, *La invención de Cáyin*, Barcelona, Muchnik, 1999.

(5) Rosa Regás, *De Madrid al cielo*, Madrid, Península, 1989

(6) Rafael Chirbes, *Mediterráneos*, Barcelona, Anagrama, 1998.

(7) Manuel Leguineche, *Sobre el volcán*, Barcelona, El Bronce, 1999.

(8) Javier Reverte, *Corazón de Ulises. Un viaje griego*, Madrid, Aguilar, 1999. *El sueño de Africa*, Barcelona, Anaya y Muchnik, 1999. *Vagabundo en Africa*, Madrid, El País Aguilar, 1999. *Trilogía de Centroamérica*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000.

(9) Xvier Moret, *América*, Barcelona, Península, 1998.

(10) Alfonso Armada, *Cuadernos africanos*, Barcelona, Península, 1998.

(11) Montero Rodríguez, *El diente de la ballena*, Madrid, El País-Aguilar, 1999.

(12) Antonio Alamo, *lo que cuentan los viajeros*. Bonilla, Juan, Academia Zaratusta. Grasa, Ismael, *Fuera de casa*. Hatero, Josan, *Rumanía en octubre*. Salabert, Juan, *Estación central*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

siquiera conceden una mínima atención al medio del viaje que es el tren “ya que la vía, contrario a lo que se anuncia, apenas la viven algunos de estos viajeros⁽¹³⁾”.

El primer tomo de la colección, que escapa a la reseña de Ana Fischer y que corresponde a la obra del mismo coordinador que es Gabi Martínez, es única y muy diferente. Abarca una zona geográfica no europea que es Marruecos como indica su título muy sintomático : *Sólo marroquí*⁽¹⁴⁾. Parece probable que el conocimiento que tiene el propio autor de Marruecos, conocimiento adquirido por experiencia en sus reportajes periodísticos y de investigación sobre el Sáhara y el Rif, está detrás de esta elección. La obra de Gabi Martínez tiene el honor de ser la última crónica hecha sobre Marruecos a finales de este milenio y se enmarca, desde luego, dentro de la tradición española del marroquismo literario.

Este nuestro artículo intentará, en la medida de lo posible, destacar qué tipo de conocimiento tiene el autor del país que es Marruecos, explicar la forma o la modalidad con que lo transmite en su libro y determinar hasta dónde llega el alcance de su visión de la otredad.

El estilo de *Sólo marroquí* es típico de un escritor novel que se encara por primera vez con la experiencia de escribir su primer libro, a pesar de que mantendrá la misma constante formal en sus dos novelas posteriores de islas⁽¹⁵⁾. Este estilo está muy alejado de toda ingeniosidad sintáctica y verbal, pero, se muestra como simple y sobrio con muy raros brillos poéticos aunque con distintos toques de ironía y humor. En general, se caracteriza por una especie de endebles, y como confiesa él mismo, por una acusada frialdad, achacable sin equívocos al peso del código periodístico y a la

(13) Ana Rodríguez Fischer, “Llegué. Ví. Anoté” en *ABC cultural*, 26 de junio de 1999, p.14.

(14) Gabi Martínez, *Sólo marroquí*, Barcelona, Plaza Janés, 1999. Las citas que vendrán adelante son sacadas de esta misma edición.

(15) Gabi Martínez, *Anticreta y Diablo de Timanfaya*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000.

ausencia de emotividad y sensibilidad en la forma de contemplar la realidad que describe y en que se desenvuelve como viajero. Del mismo modo, en el plano de la composición estructural, da la impresión de que la obra no tiene forma ni coherencia textual susceptible de otorgarle un armazón compacto y trabadamente consistente. Es cierto que, igualmente a la mayoría de las obras de su género, está trufada de ingredientes muy variados sutilmente amalgamados, a saber, el diario, la biografía, la literatura de ciudades, la metaliteratura y un cierto ritmo narrativo de novela. Pero, carece, en contrapartida, del componente de cohesión textual que configura y vertebrada cualquier buen diario de viaje como es el móvil del viaje y la armonía entre el impulso de escribir, encaminado hacia la escritura, el texto y el estilo y el impulso de viajar, volcado hacia la descripción, la mirada y la información sobre la geografía y el espacio recorridos.

El móvil del viaje es el designio asignado por el viajero a la hora de emprender su aventura de trotamundos y es de tamaña magnitud puesto que “traza la ruta, vertebrada los pasos del viajero y cohesiona estas (sus) páginas”⁽¹⁶⁾. Ninguna información nos es deparada por el narrador en el texto acerca de los preparativos del viaje y las posibles precauciones a tomar para soslayar las eventuales dificultades que le pueden surgir en su itinerario. Este rasgo que es muy decisivo en la literatura de viajes, no se menciona con tanta claridad. Tal móvil parece dual, por no decir; ambiguo en la obra de Gabi Martínez. El objetivo del viaje diseñado en Barcelona era reconocer el país por medio del tren hasta llegar donde permite la tarjeta Interail, es decir, a Marrakech al sur o a Oujda al este. Pero esta ruta fue trastocada en el mismo Marrakech cuando el viajero continuó hacia el sur en autobús bajando rumbo al desierto, en pos de una cosa distinta que es la realización de una obsesión personal arrastrada desde la infancia : ver la duna y el camello. La intencionalidad de escribir un libro sobre Marruecos se transforma en un *desideratum* que es el sueño de ver el desierto, esto es,

(16) Ana Rodríguez Fischer, *op. cit.*

el objetivo cultural de explorar las señas de identidad del país se convierte en un objetivo personal e individual que se escuda parapetándose en el folklore y en el exotismo.

En el mismo sentido, el dilema entre el impulso de escribir y el de viajar no se resuelve con buena fortuna. Gabi Martínez, contrario a los demás compañeros de la colección, es el único que introduce la reflexión metaliteraria a lo largo de toda su obra. El acto de escribir va paralelo al acto de reflexionar sobre la misma escritura, lo cual se nota, sobre todo, a la hora de discutir y entrevistarse el narrador con varios de sus interlocutores como Hamid, Mohamed Choukri, la editora de Casablanca y el viejo de Asilah. En ello insiste de modo casi obsesivo y persistente hablando de su intención de escribir su primer libro, sobre el problema del estilo y el dilema de cómo mantener el ritmo narrativo e intercalar las diferentes historias que recoge a lo largo de su viaje e incluye dentro del conjunto de su obra. El impulso de escribir su primer libro y la realización de su identidad personal como escritor es lo que domina con mucha más perseverancia porque, tal como indica al principio en Tánger, está en África para escribir historias de Marruecos o lo que es lo mismo, “historias que resuman las ciudades” (p.105).

El libro se aleja sobremanera de ser una crónica de viaje y parece más bien una simple recolección de un amasijo de cuentos, leyendas o historias contadas por los personajes o vividas por los mismos, cuentos que distan mucho de caracterizar, con profundidad, la realidad étnica, social, política y cultural del país, porque varios de ellos están envueltos en ropajes enraizados en el misterio, en lo extraño y en lo supersticioso. Este carácter legendario, que le recuerda el de *las Mil y una Noches*, le impresiona y le incita a incluir dichas historias dentro de su macrorelato. Por esta razón, estos microrelatos aparecen como cuentos que van a mitad de camino entre la ficción y la realidad, imaginación y mimesis, difíciles de creer por el lector. Al fin y al cabo, el autor va a África en busca de un Marruecos textual y no real. El país se contempla y se ve sólo como producto de la escritura, sin ningún afán

referencialista. El mundo de la fabulación triunfa sobre el de realidad, de la observación y de viajar. Lo que hace Gabi Martínez en su libro no es una escritura de un viaje sino una especie de viaje hacia la escritura. El mismo autor lo afirma claramente y sin tapujos :

Pensé que eso mismo me preguntaba y ¿Qué había ido a escribir?
¿Qué buscaba? Como periodista siempre buscaba lugares, personas, noticias pero ¿Qué buscaba como escritor? “Historias”” de Marruecos (p. 17).

Esta cita explica inequívocamente que el autor busca historias de Marruecos en que el quiere explorar su alma y buscar su identidad individual y personal, esto es, su realización como escritor. Es, sin lugar a duda, por esta razón por la cual, Marruecos con su historia, sus lugares, su gente, sus costumbres y toda su identidad cultural, parece ser relegado a papel secundario puesto que lo que importa al autor son las historias de Marruecos y no la vida y la cultura del país. La imagen que nos transmite de este último no es tan objetiva y comprensiva. Está desprejuiciada y se ancla muy intensamente en el exotismo colorista y folklorista, típico de los viajeros del siglo XIX y principios del XX aunque aquél no es tan sincero y rebosante de ternura y emotividad como el de estos últimos.

A lo largo de todo el diario de viaje, Marruecos es recorrido con cierta desconfianza e indiferencia. El balance humano del país es negativo, excepto algunas salvedades. De ello no escapa tan siquiera el propio escritor Mohamed Choukri calificado de impostor y de oportunista materialista a pie de igualdad con los demás falsos guías. En lo obra se nota una escasa afinidad afectiva entre el que viaja y la realidad del país visitado, esto es, hay poca proyección emocional en el interior visceral de la realidad de las cosas y mínima implicación en la misma. No se nota, por lo tanto, ningún entusiasmo, como es propio del viajero, por participar de lo que ocurre a su alrededor, tampoco se alimenta de esa curiosidad por meterse en los meandros íntimos de los personajes y de los parajes paisajísticos.

En las páginas de la obra se echa en falta esta poética de la proximidad, esa immediatez vivencial en relacionarse con lo contemplado y esa especie de viaje íntimo narrado simpáticamente desde el interior. Gabi Martínez no ayuda de nada a sus lectores para hacerles cómplices de la realidad que describe, les priva de esta posibilidad y no les depara ninguna ventana desde donde se puede vislumbrar la realidad verdadera y no folklórica de la gente y de las cosas con las que tuvo que convivir y cruzarse.

Esta ausencia de la poética de la proximidad, que es un componente muy necesario en la literatura de viajes, se debe, a mi juicio, al hecho de que Gabi Martínez actúa más como escritor que busca afanosamente su primer libro y como turista occidental que como viajero cosmopolita⁽¹⁷⁾, ávido de conocer otros mundos. Su mirada no es limpia ni puramente inocente. No se libra del complejo de los prejuicios culturales hechos sobre el moro y el musulmán. La percepción que tiene de la otredad no la emite en función de las experiencias vividas fácticamente e *in situ* en contacto físico con los hombres y la realidad del país de acogida que recorre, no en función de la negatividad o positividad de los hechos que le ocurren y de las vicisitudes por las que pasa, sino en virtud de su cultura occidental y, sobre todo, de los consejos familiares y de las guías turísticas. De ello no reniega el joven barcelonés. Insiste, varias veces, en que viaja apoyándose en la guía y gran parte de los conocimientos que tiene los saca de ella a la hora de indagar sobre cualquier hecho e ir a visitar algún monumento o alquilar alguna pensión. El conocimiento que tiene de Marruecos no lo vive y tampoco lo adquiere sobre la marcha a medida que va viajando; está moldeado, vertebrado y orientado por medio de ese amasijo de prejuicios que es la guía. Véase cómo reacciona el propio autor cuando le ofrece la mujer del tren un huevo cocido :

(17) La distinción entre viajero y turista la tomo de Paul Bowls, quien, en su libro *El cielo protector*, fijó algunas diferencias entre el viajero y el turista, como por ejemplo, la de que este último acepta su propia civilización sin cuestionarla, mientras que el viajero, la compara con las demás y puede llegar a rechazar lo que no es de su agrado.

Levanté una mano para.. rechazarlo, porque, por una parte, pensaba que la señora cumplía con una fórmula de cortesía elemental y que mi deber era rechazarlo y porque, por otra parte, recordaba los consejos de mi guía y de varios amigos que, antes de partir, se habían hartado de repetirme que sólo bebiera agua embotellada y que tuviera cuidado con la comida porque la fresca de los alimentos solía ser dudosa y en muchos lugares ni siquiera existían neveras(p.63).

Entonces, la guía, y por extensión, todo el conjunto de los estereotipos culturales son los que modelan, amoldan y encarrilan el comportamiento del viajero, la vivencia de su experiencia de viaje y los juicios que emite sobre la realidad norteafricana. Su transhumancia por Marruecos es más turística y folklórica que cultural y de realización personal. Esta “turisticidad” del viaje justifica el que varias de las indagaciones hechas sobre algunos fenómenos sean muy presuradas, equivocadas y fuertemente superficiales, indicadoras, por un lado, de una ignorancia total de la cultura del país y de la complejidad de la misma y, por otro, de una fuerte tendencia a la esquematización simplificadora. Esta observación, hecha sin mesura reflexiva y con precipitación, la notamos de modo diáfano en su identificación del beréber con el comercio y el regateo (p. 65) y en la explicación que da a la costumbre marroquí del sorbo acústico atribuyéndola a la influencia del dogma coránico que ordena no respirar dentro del recipiente donde se bebe. En estos aspectos, parece que los límites entre la realidad objetiva y la ficción inventada se desdibujan. Estas explicaciones que hace el autor nada tienen con la realidad y la verdad, y por lo tanto, no constituyen nada más que pura invención, pura ficción imaginaria y, personal del escritor y tienen mucho que ver con sus fobias y sus cavilaciones mentales enhestadas en prejuicios y estereotipos adquiridos o asimilados, fruto de una “mirada inventora” en que se refleja esta tragedia de la mirada que es “la imposibilidad de restituir la mirada originaria y de ver más allá de uno mismo”(18).

(18) Jorge Urrutia, *Lectura de lo oscuro. Una semiótica de África*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 60.

Referencias como las que indican de que en el país hay más dromedarios que camellos, más palmeras que cocoteras, más cabras y asnos que cerdos afianzan la impronta folklórica y turística del libro. Con probabilidad, esto explica el porqué *Sólo marroquí* no está trufado ni preñado de mucha información sobre la cultura del país. La curiosidad intelectual culturalista lo impregna mínimamente y se silencia sin justificación y a ultranza. Los únicos datos culturales, con que nos topamos, son alusiones someras a los escritores que pasaron por Marruecos de modo esporádico, como Truman Capote o los que escribieron sobre él, como el argentino Robert Arlt⁽¹⁹⁾ y Elias Canetti⁽²⁰⁾ y, sobre todo, a las películas ambientadas en el país, como *Casablanca* y *Othelo*, tan pletóricas de exotismo africano y en las que la realidad africana apenas asoma y si aparece, sólo sirve de plataforma para la presentación de decorados pintorescos.

La naturaleza de estas únicas referencias culturales, de por sí, revelan que hay una clara indiferencia y un total desinterés antropológico por descubrir y explorar el acervo cultural del país tanto en su presente reciente como en su pasado remoto. También se extraña este alarde de curiosidad, esta perseverancia por indagar, o por lo menos, por escudriñar la realidad social, étnica y política del mundo urbano que recorre. La única excepción tiene que ver con el tema del Rif y, sobre todo, con el del tráfico del kif. A propósito, explica con detalle las diferentes condiciones socioeconómicas reales que están detrás del tráfico de este estupefaciente, a saber, la marginación política hecha desde el gobierno central, el analfabetismo y la miseria de la población que vive en condiciones precarias sin luz y agua. Pero, aún aquí, el propio Gabi Martínez no hace más que consagrar el mito del Rif irredento e indomable, hecho de moda desde la época de Anual y la guerra de Abdelkerim. Esta concepción mítica de un Rif “anti-estado” y revolucionario

(19) Roberto Arlt, *Aguafuertes españoles*, Buenos Aires, Compañía General Fabril, 1963; *El criador de gorilas*, B. Aires, Compañía General Fabril, 1936.

(20) Elias Canetti, *Les voix de Marrakech*, *Journal d'un voyage*, París, Albin Michel, 1980.

se expresa en voz del personaje Bouabid quién, después de haber pretendido ser prisionero político, tener teléfono pinchado y estar perseguido por la policía, declara en tono muy chequevaresco: ‘no bosque, no estado’. Otra vez, imaginación y verdad, mito y realidad se imbrican mutuamente.

La consideración del paisaje que es muy importante en la narrativa de viajes, paisaje que confunde Julio Llamazares con la memoria⁽²¹⁾, brilla por su ausencia. La observación del paisaje parece estar en su grado cero, y si la hay parece poco sustantiva ya que no rebosa de ternura y emoción, lo cual se refleja muy bien en el estilo frío que usa el autor. Gran parte de las pocas descripciones, que llenan el libro, están revestidas de una clara resonancia exotista y colorista. La mirada se hace desde fuera, desde el espacio de lo occidental. Por consecuencia, le atraen al autor todos los elementos que rezuman diferencia y folklore. El universo africano es presentado como un mundo aparte cuyas respectivas costumbres son distintas de las del mundo occidental :

Tánger es puerta de Africa. La circulación, la higiene, el pan, la moda, el color de las personas y el tamaño de las lechugas difieren considerablemente de los de la costa sita catorce kilómetros al norte. Además, aquí la gente le reza a Alá. Alá está en todas partes (p.26).

La descripción de Gabi Martínez se focaliza con preferencia sobre todo cuanto exalte lo exótico y la diferencia, y que exprese el universo sensual y pintoresco del caos, del desorden y del ajetreo típico de las medinas donde normas muy distintas, irracionales y misteriosas dominan imperiosamente. Así, se nos presenta, de modo sucesivo, a mujeres a lomo de asno, llevando el haik y envueltas en velos transparentes de vivos colores y transportando colosales fardos en la cabeza; a niños andrajosos en sandalias cargados con melones y canastas rebosantes de huevos y panes redondos (p.63); a hombres

(21) Javier Cañ, “paisaje de la memoria” en *Babelia*, n°389, p8, *El País*, 3 de julio de 1999.

vestidos de chilabas, túnicas cubriéndose la cabeza con sombreros extraños y conduciendo burro-taxis o carricoches rebosantes de nabos, acelgas, calabazas y lechugas; a mendigos invocando a Alá a toda costa y a diario; al almuecín llamando a la oración a última hora de la noche y a cementerios abandonados y sueltos con sepulturas blancas cerca de la playa y enfrente de un viejo entrado en la edad vendiendo golosinas. Es decir que tenemos una ostentación, en vivo, de todo un mundo que aparece bajo forma de unos cuadros pletóricos de color y también de postales productoras de gratas sensaciones que generan sentimientos de deslumbramiento en el autor. Deslumbramiento que le produce sensaciones que vigorizan los sentidos y los exagera a la vez que despiertan su sensoriedad y su sensualidad. Con entusiasmo lo expresa así de esta manera :

Hacia la medina, ... la ciudad muda de un metro a otro hasta transformarse en universo de colores, olores y actos de una potencia vigorizante. El paseo por la medina espabila los sentidos (p.27).

Tal ámbito de colores y de paisajes encantadores otorgan sentido sustantivo y vital a su viaje y le hace concebir que, de veras, viajaba porque el país, por consecuencia, le aparece como “un mundo de sorpresas, de situaciones inesperadas y lugares que ni remotamente me (le) recordaban a nada parecido” (p.125), razón por la cual, declara la insuficiencia del lenguaje para poder captar y expresar esta realidad :

Campesinas gordas ordenaban cestos de rábanos; alcachofas y arroces de mil longitudes mientras yo me preguntaba cómo iba a reflejar por escrito esos colores tan vistosos y esas haches haspiradas (p. 45).

Aparte de la trascendencia que adquieren los colores, los olores, por su parte, parecen hechizar muy fuertemente a Gabi Martínez y su libro se convierte, asimismo, en catálogo de sensaciones oloríferas. Esta representación sinestésica de la realidad vertebra y domina gran parte de su obra y se vuelve una constante sensorial muy singular, sobre todo, en los

primeros capítulos en los que el escritor se siente muy proclive a concebirlo todo en términos olfativos.

El zoco y la medina de Tánger lo impresionan básicamente por “el olor a putrefacción que lo impregnaba todo” (p.14) y hasta las mantas del hotel e incluso el aire y la gente tenían ‘un olor ácido, penetrante” (p. 16) y “olían a algo que parecía sudor aunque probablemente no lo fuera” (p. 16). El aire del bar, en que entrevistó a Mohamed Choukri, olía también a carne de la brasa (p. 31) y el cordero que le sirvieron “sabía a cordero intensamente” (p.33). La fetidez de los despojos apilados en el zoco de Tánger era igual al aliento del chico que “era como el de un barril de Whisky con coca-cola” (p.37). La mujer gorda, con quién compartió la cabina compartimental en el tren, le recuerda el olor de la manta de la pensión y de Tánger, en general, pero tres veces más fuerte (p. 61), hecho por el cual suele referirse a ella identificándola metonímicamente con la mujer que olía a Marruecos. La gente de la plaza de Marrakech huele “a cordero asado, a lenguado frito, a harina y cuscús hirviendo” (p 123). A lo largo del resto de su obra, el autor no se cansa de transmitirnos toda una retahíla de olores : olores a camello (p. 196), a establo (p. 233), a barniz (p. 185) y, al final del viaje, la ciudad de Casablanca se le presenta como “una escala ideal hacia los olores de Occidente” (p. 228) y un prólogo para entrar en casa.

El olfato le abrumba tan intensamente que le lleva a compendiar la identidad del país con esta cáfila de sensaciones pituitarias ante las cuales el occidental se convierte en un tullido nasal. Ello lo explicita con humor e ironía mediante estas siguientes palabras :

En Marruecos, la nariz es muy importante. Marruecos es un torrente de proposiciones pituitarias... Ante el alud de sensaciones nasales, es fácil concluir que Europa es una mutilada funcional. En Europa las narices no sirven prácticamente para nada. La higiene a ultranza y el empleo de refrigeradores comporta un asepticismo que neutraliza los aromas naturales. En

este sentido, somos unos mal educados. La Comunidad Europea la componen unos doscientos y pico millones de tullidos nasales, más o menos (p.62)

El mundo del gusto hace sus veces igual que el olor en Gabi Martínez, lo fascina de igual forma por lo que se ve en la obligación de afirmar que la costumbre de sorber acústica y estrepitosamente constituye un rasgo de la identidad y de la tradición marroquí; Se mantiene así tan vivamente porque la entiende como una forma de enfrentarse con el avance del progreso occidental :

En Marruecos el sorbo se ejercita con parafernalia acústica. Este acto a priori tan vulgar, tiene una historia... en lo concerniente al sorbo, los marroquíes nos sacan años luz de ventaja. La historia del acústico sorbo marroquí se remonta al día en que un sujeto no identificado bebió de un recipiente con líquido hirviendo y se abrasó la lengua... Como hasta la fecha nadie ha hallado un método mejor, los marroquíes miman su tradición ante el incomprensible progreso propuesto por unos occidentales capaces de cambiar el color de la cara con tal de beber sin ruido una taza a setenta grados celsius (p.98)

La mirada, el ojo o la visión también le sorprende al viajero barcelonés con la misma profundidad y fuerza que las mencionadas sensaciones sensoriales :

Y los ojos. La ciudad posee un elevadísimo índice de transiciones oculares. Los ojos de los hombres, en especial de los hombres quietos, oscilan de un lado para otro con una agilidad impresionante. En Tánger, cruzar unos ojos con otros resulta de lo más sencillo (p. 26).

Tales ejercicios visuales no constituyen tan sólo una costumbre, sino que es una especie de profesión que les sirve a los falsos guías para enfocar bien los objetos, los bolsos y los cuerpos femeninos. Y, en general, según el autor siempre, el mundo de la mirada y el *voyeurisme* no parece aburrir a los marroquíes, y, a veces, se transforma en un ejercicio de sumo interés didáctico

en términos sociales y antropológicos :

El deslizamiento de miradas por las cafeterías de Marruecos ayuda a concluir que el marroquí maduro domina de pe a pe los resortes de la paciencia. Es capaz de permanecer en una silla atusándose el bigote y dando sorbos a un té durante más de tres horas sin evidenciar la más anecdótica fatiga. Sentarse en un café marroquí a observar es ocho veces más didáctico que una clase de ciencias sociales (p. 234).

La visión, que tiene Gabi Martínez de Marruecos, está dominada no por el espíritu, la simpatía y la comprensión humana y afectiva, sino por el cuerpo y la sensoriedad, esto es, por la intensidad de los colores y los olores que provocan en él un deslumbramiento sin par, dando sentido y vitalidad a su viaje. Dicho de otro modo, la presentación y percepción que tiene del país norteafricano es puramente sinestésica. En este sentido, su viaje es una especie de descenso al mundo edénico de los sentidos y de la sensualidad. Si anteriormente, su viaje es un viaje hacia la realización del libro y hacia un Marruecos textual y de la escritura, ahora adquiere otro contorno y se convierte en una inmersión vitalizante en el paraíso africano de la sensoriedad y del exotismo exacerbador y vigorizador de los sentidos.

Pero tal exotismo no rebosa de tanto entusiasmo y ternura como es tradición en las crónicas hechas sobre Marruecos en el siglo XIX y XX, crónicas que están tan impregnadas de viveza y de sentimiento de simpatía por el paisaje tanto físico como humano que describen. Pero, en contrapartida, ellas están sumamente empapadas de un acusado colonialismo y etnocentrismo europeos e incluso racismo, aspectos y tópicos que Gabi Martínez no manipula ni por asomo, como es lógico, puesto que, a pesar del carácter turístico de su libro y de su visión colorista y exótica del país, la imagen del conjunto que nos transmite sobre el país magrebí evita caer en los extremismos eurocentristas que todavía, por desgracia, afloran de vez en cuando, asociando lo magrebí y lo musulmán con el subdesarrollo, la intolerancia, el machismo y el fundamentalismo étnico y religioso, cosa que se ha hecho muy palpable en

estos últimos días a raíz del atentado de las Torres Gemelas. Roza cierta objetividad e elude, en gran medida, los grandes estereotipos mantenidos por la tradición cultural occidental y española, y, en muchas ocasiones, acierta en varios contextos en su percepción de la realidad marroquí, aunque estos aciertos se pueden contar con los dedos de la mano.

Con cierta pasividad y no con mucho rigor, Gabi Martínez nos dibuja un Marruecos agobiado por el contraste, la contradicción y la desigualdad, esto es, un país que marcha a doble velocidad en todos los ámbitos de la vida, escindido entre fuerzas antagónicas y extremos nunca reconciliables : entre ciudades pujantes, como Casablanca y Rabat, abiertas a la civilización moderna y occidental a ultranza y pueblos rurales, olvidados en plena precariedad cuya gente se ve obligada a vivir del turismo o de la droga como se nota el Alto atlas y en el Rif; entre cascos urbanos asépticos, ordenados y desérticos con barrios residenciales y complejos turísticos sofisticados y medinas caóticas y, también, entre jóvenes pijos, entregándose al mundo de la moda y otros condenados a robar y a vivir de la picaresca trabajando como guías falsos. Estas contradicciones se reflejan hasta en las costumbres y comportamientos de sus habitantes y provocan en el viajero sensaciones de sorpresa permanentes e inesperadas que van entre el miedo en Tánger y la admiración del paisaje en Zagora y Asilah, y entre la aniquilación y la relajación en Marrakech.

Las páginas, que dedica al fenómeno del falso guía, son muy significativas. Con las malandanzas que tuvo en varias de las ciudades, Gabi Martínez encarna muy vivamente el destino de cualquier occidental que, al visitar el país, se ve enfrentar en una batalla campal con los guías falsos que están por doquier acechando a todo turista a toda costa y sin un mínimo escrúpulo. Con razón, asocia la catástrofe del turismo marroquí con el aumento de este fenómeno social de tanta magnitud y gravedad, a pesar de que ni procura analizar los condicionamientos socioeconómicos del mismo :

Marruecos es uno de los países del mundo donde menos turistas regresan. Para seguir liderando la estadística, los falsos guías resultan fundamentales (p.19).

Más que eso, él hace una verdadera y sugerente radiografía del fenómeno del falso guía explicando muy bien su táctica de trabajo, basada en acercarse al extranjero, prestando en primer lugar, toda especie de servicios y jugando al mismo tiempo con la psicología de la duda siempre con el objetivo de conseguir el dinero. Son muy sugerentes estas palabras :

El falso guía tiene un horario flexible y su hábitat laboral oscila, sobre todo, entre la medina, la puerta de los hoteles y los accesos a estaciones, ... Estos individuos se distinguen por saber muy bien lo que quieren. Lo saben muy perfectamente. Quieren dinero. Para conseguirlo recurren a una tenacidad excepcional. Su táctica de mejor resultado consiste en adherirse a los forasteros mientras recitan sus prestaciones. Para desprenderse de ellos sólo cabe una posibilidad : ensombrecer el rostro y negarse a colaborar de una forma muy constante. En este diálogo no hay espacio para la duda. Si el forastero no sabe lo que desea o, simplemente, duda una décima de segundos o dos, el falso guía persistirá hasta apoderarse de la voluntad de su interlocutor. El Falso guía es un malabarista de la duda. Hace con ella lo que quiere. La pasea, la lleva de compras, le saca cigarros y, al final, la convierte en dirhams contantes y sonantes (ps. 18 - 19).

En general, la dura experiencia de Gabi Martínez, tanto en Tánger como en Taroudant y Taddert, manifiesta el riesgo que puede correr cualquier turista occidental que cae en manos del falso guía quien asocia, sin distinción y de modo arbitrario, los occidentales con el dinero y la riqueza lo cual se resume con la frase que se repite varias veces en el libro : “para tí eso no es nada”. Por lo tanto, su experiencia es una imagen en miniatura de cualquier vivencia de un turista occidental en el país y, por supuesto, el libro del barcelonés se convierte en una verdadera guía de orientación y de información sobre el tema. A causa del falso guía, el viaje que antes era una

especie de inmersión en el paraíso de los sentidos y de la sensoriedad se transforma en una dura escalada hacia el infierno y las anteriores vivencias se hacen dolencias.

El capítulo que dedica a Marrakech me parece lo más acertado de todo cuanto hay en el libro. En él, el joven escritor de Barcelona capta con realismo el espíritu y el alma que da vida y singularidad a Marrakech. Espíritu que se resume en la intensidad que se vive a raudales y con mucha fuerza en su tráfico sin código, en su gente creadora, en la efervescencia humana de su plaza simbólica, en su medina repetitiva pero misteriosa. Esta intensidad lo revela este caos amable de la ciudad que le da su propia identidad. A la vez que extermina y arrasa, relaja y exita, puesto que como afianza nuestro escritor :

Marrakech es una de las ciudades que se sitúan más allá, pero que mucho más allá de las palabras (p. 130).

La experiencia de Marrakech es una de las vivencias más íntimas y misteriosas en que se envolvió casi directamente con el espíritu y el ambiente de la ciudad. Esta excitación que le produce el caos amable de Marrakech lo ultima y lo complementa, más tarde, casi con la misma modalidad, la atracción de Ait BenHaddou, pueblo que alucina por su belleza y arquitectura primitiva con enclave en una naturaleza muy pintoresca y ante las cuales las palabras, como fantástico, fascinante y precioso, suenan como ridículas (p. 199) e insuficientes para expresar la intensidad de la emoción. El pueblo de Taddert irradia trascendencia espiritual, se convierte en sinónimo de memoria que le recuerda al cronista su destino personal y el de todo ser humano ya que

en Ait Benhaddou la intersección hombre-naturaleza alcanza cotas incomparables. Es la ciudad perfecta. La fascinación de lo sencillo. Un sueño de la razón hecho adobe (p. 203).

La implicación afectiva y personal con el alma interior del pueblo y que antes echábamos en falta en todo el libro, adquiere aquí una connotación tan íntima y una dimensión mística y filosófica, de suma envergadura trascendental. El autor se realiza en ella y se convierte en revelación de su alma y de su identidad personal :

Ait Benhaddou es una experiencia sentimental. Una verdadera experiencia sentimental tal que nos proyecta al pasado recordándonos de donde venimos y todo lo que somos capaces sin complicarnos la vida. Todo el mundo debería tener su Ait Benhaddou particular en los días peores de detenerse unos minutos mirando al techo o a la punta de los zapatos y recordar Ait Benhaddou es suficiente para salir adelante (p. 203).

En la experiencia de Ait Benhaddou, Gabi Martínez se cura de su desconfianza e indiferencia y llega a vivir el interior de las cosas, gozar de su espíritu interior, confundiéndose con la realidad que ve de modo tan místico, filosófico y catártico.

En resumidas cuentas, y aparte de lo que se ha dicho anteriormente, se puede afirmar que la visión, que nos da Gabi Martínez de Marruecos, es muy textualista y sin referencialidad ninguna a la vez que es exotista y orientalista, muy afianzada en la exaltación de la sensoriedad. En ambos casos, la identidad étnica, cultural y social del país es relegada papel secundario.